



Discurso del Rector de la Universidad de Oviedo en el acto de inauguración del curso académico 2013-2014

Presidente del Principado de Asturias, Delegado de Gobierno, autoridades, Presidente del Consejo Social, Defensor Universitario, Exrectores, profesores, estudiantes, miembros del personal de administración y servicios, Sras. y Sres.

Bienvenidos a nuestro Paraninfo en esta cita solemne y también más temprana que otros años. Agradezco al presidente del Principado que nos acompañe en este inicio de nuevo curso, y le doy la bienvenida al presidente del Consejo Social, que por primera vez asiste a un acto académico y a quien invito, por supuesto, a posteriores ceremonias.

Tras la felicitación que corresponde al profesor Alfonso Fernández Canteli por su lección inaugural, tomo el testigo de las palabras de nuestro Secretario General, no tanto para profundizar en el lamento por el duro año vivido, como para hablar de ánimo renovado ante el nuevo curso que estrenamos. Por tanto, que nadie espere en mis palabras ni crispación ni complacencia, más allá del análisis que nos corresponde hacer por la situación que vivimos y el incierto futuro que debemos despejar. La Universidad es el lugar para crear alternativas, construir proyectos, inventar soluciones y generar esperanzas. Y esa es la Universidad en la que debemos pensar; y digo debemos: universitarios, Gobierno, instituciones y sociedad, en general.

Quiero dar la bienvenida a todos nuestros estudiantes y especialmente a los jóvenes que inician la próxima semana, por primera vez, estudios universitarios, y cuyo número se ha incrementado en cerca de 500 alumnos. Soy consciente del sacrificio que supone para las economías familiares afrontar el estudio de una carrera y esto nos debe obligar a esforzarnos por dar lo mejor que tenemos como institución. Por segundo año consecutivo, el Principado ha permitido la congelación de las tasas académicas en la primera matrícula, una importante decisión que hemos apoyado y alentado.

Hemos culminado el proceso de adaptación de nuestras enseñanzas al Espacio Europeo de Educación Superior con la implantación de todos los cursos de grado. Y ahora que podemos echar la mirada atrás, con la distancia que da el tiempo, creo que podemos decir que hemos realizado un buen proceso, especialmente si tenemos en cuenta los escasos recursos con los que hemos contado.



Ha sido una larga travesía llena de incertidumbres y con los ajustes que requiere toda reforma que afecta a un complejo, y en ocasiones inmovilista, engranaje como es el de la Universidad. Finalmente, creo que se ha conseguido al menos gran parte de lo que se pretendía, avanzar hacia una enseñanza más cercana al alumno y más participativa, que seguramente camina en la línea con lo que imaginaba Francisco Giner de los Ríos a principios del pasado siglo: una docencia con estudiantes que “hablan, discuten, se mueven, que –en suma-- están vivos, y cuya fantasía se ennoblece con la idea de una colaboración con la obra del maestro”.

Acabamos de despedir, a finales del pasado curso, a la primera generación del Plan Bolonia que ha salido de nuestras aulas. Son los jóvenes procedentes de las doce titulaciones que, con el esfuerzo de centros y departamentos, decidieron abanderar la implantación del EEES. Creo que podemos decir con orgullo que los primeros resultados son positivos, ya que muestran que tanto la tasa de expectativa como la de rendimiento, es superior en las enseñanzas adaptadas que en las anteriores a Bolonia, mientras que la tasa de abandono es menor.

La adaptación al EEES también ha sido bien percibida por los estudiantes, que en la última Encuesta General de Enseñanza muestran un nivel de satisfacción elevado, con una puntuación superior a 7 en una escala de 0 a 10. Este resultado es un éxito compartido de profesores, de personal de administración y servicios y, por supuesto, de los equipos directivos de los centros, que han sabido suplir con esfuerzo, trabajo y generosidad la precariedad de medios. Iniciamos un nuevo curso en el que el solapamiento en planes de estudio es puntual y el próximo año, que finalizan licenciaturas e ingenierías superiores, ya podremos diseñar la plantilla real de cara al futuro.

Decía al inicio de mis palabras que no es el momento de beligerancias más allá de reclamar lo necesario, incluso diría que lo imprescindible; no porque callemos o nos resignemos, sino porque cuando una situación crítica se prolonga demasiado, es necesario reaccionar para no caer en la tentación de adormecernos en el lamento. Es el momento de ser constructivos sin alejarnos de la realidad, y de analizar con criterio la situación de partida, primer paso necesario para dibujar el futuro. He dicho en muchas ocasiones que destinar fondos a educación e investigación es la única vía posible para salir de la crisis. Y quiero recordar que en educación no se gasta, se invierte, ya que el Estado recupera el 90% de lo que destina a la formación de los alumnos (informe 'La rentabilidad privada y fiscal de la educación en España' del BBVA Research), y creo que todos estaremos de acuerdo en que la rentabilidad es muy elevada.



Tenemos una gran Universidad, con un excelente profesorado y Personal de Administración y Servicios, y hemos dado muestras suficientes de nuestra transparencia. Por ello, creo que es justo reclamar el respeto y la confianza de las instituciones públicas. Respeto para el trabajo de todas las personas que se dedican a investigar, a enseñar y a aprender, y de quienes garantizan que estas actividades se puedan llevar a cabo en la Universidad. Y confianza en que todos trabajamos por el bien de nuestra sociedad y de Asturias.

Aludo al respeto y a la confianza porque es necesario que todo el mundo conozca cuál es la situación de nuestra Universidad. Todos deben saber que contamos con 20 millones de euros menos en el presupuesto respecto a hace cuatro años. Más allá de los malabarismos que hemos tenido que hacer para suplir las carencias, hemos administrado los cada día más reducidos fondos con transparencia y austeridad; hemos priorizado el gasto de aquellos capítulos que inciden directamente en la consecución de los objetivos fundamentales de nuestra Universidad, que no son otros que la docencia y la investigación.

Creo que todos somos conscientes de las drásticas medidas que nos hemos visto obligados a adoptar. Atravesamos seguramente una de las etapas más duras que ha vivido la Universidad en las últimas décadas, en las que ha pasado de la expansión a una recesión que los rectores estamos intentando paliar como podemos. No soy ajeno a que muchas de las medidas adoptadas han generado controversia, pero muchas veces para ganar o simplemente para seguir adelante es necesario renunciar a determinadas expectativas, y por ello nos hemos visto obligados a tomar decisiones difíciles que afectan a todo nuestro personal, pero gobernar es decidir, y en este tiempo, sobre todo, es priorizar. Y nuestra prioridad, como he dicho muchas veces, es mantener a nuestro personal, y no rebajar nuestra calidad de docencia e investigación.

Los equipos los forman las personas, y son bienes irrenunciables para una universidad y para nuestro sistema educativo. Hago más las palabras que en una lección inaugural de apertura de curso pronunciaba Leopoldo García Alas, unos años antes de ser rector de esta Universidad, en las que decía: “Ante todo, necesitamos hombres. Los hombres pueden suplir la falta de material de enseñanza: el mejor material del mundo no nos servirá de nada si no tenemos maestros”. A la necesidad de maestros se extiende también el imprescindible trabajo del personal de administración y servicios, sin el que sería inviable que la Universidad cumpliera con su misión fundamental: la atención al estudiante.



Las medidas adoptadas deben ser suficientes para afrontar el futuro a corto y medio plazo. Nuestro objetivo es optimizar al máximo los recursos, y la comunidad autónoma conoce los esfuerzos que estamos realizando en este sentido, también sabe los problemas que nos causa la falta de liquidez y que hemos llegado al límite. Por esto, debo dejar claro que no recortaremos ni prescindiremos de nada que pueda ocasionar un quiebro a nuestra Universidad; que pueda hipotecar su futuro como una institución que siempre ha garantizado la calidad de su docencia y de su investigación. No vamos a cruzar esa línea roja. Y confío, estoy seguro, en que el Principado será sensible a las necesidades de la Universidad y quedará reflejado en el presupuesto del próximo año.

Estamos haciendo un esfuerzo enorme por mantener a nuestro personal, y garantizar su estabilidad. No podemos renunciar a políticas que considero imprescindibles, como el rejuvenecimiento de la plantilla. En estos momentos, la edad media de nuestro profesorado es demasiado elevada, situación que se agrava en algunas áreas de conocimiento. Debemos rejuvenecer nuestra plantilla docente de forma escalonada y sin traumas. De lo contrario se producirá un vacío intelectual difícilmente recuperable, que conllevaría la pérdida del merecido reconocimiento que, tanto a nivel nacional como internacional, han alcanzado algunas áreas de conocimiento de nuestra Universidad.

Es necesario que los profesores más jóvenes convivan un tiempo razonable con los más veteranos para que, a través del contacto profesional diario, los más experimentados transmitan a los más inexpertos algo que no se adquiere estudiando: su conocimiento y su experiencia.

Decía que hay áreas especialmente afectadas, como el campo de la salud, donde no se ha producido el necesario relevo generacional. Hace cinco años, teníamos 67 Profesores vinculados y actualmente sólo contamos con 53, de los cuales el 65% tienen más de 60 años, mientras que el número de nuevos alumnos que se incorporan cada año ha pasado de 100 a 150 en medicina. Los datos son objetivos, y dejan escaso margen a la interpretación. Confío, presidente, que nos ayude a superar este problema para poder garantizar la calidad de enseñanza que requieren nuestros futuros profesionales de la salud.

Y si me preocupa la calidad de la docencia, no ocupa un lugar más relegado mi desvelo por la investigación. Siento no poder cambiar aquí mi discurso de los últimos años, ya que los recortes sufridos nos auguran un futuro incierto en el que tratamos de, al menos, salvar lo que tenemos. Nuestra Universidad cuenta con excelentes grupos, equipos e investigadores. Sirvan de ejemplo las dos publicaciones que han aparecido en la revista *Nature* en el pasado mes de agosto, en las que figuran investigadores de la Universidad



de Oviedo. Eso nos da visibilidad, proyección y prestigio internacional. No tiene que haber un motivo concreto para defender la investigación, ya que se defiende por sí misma, pero también creo que debemos insistir en la necesidad de invertir y potenciar la I+D+i universitaria.

En las universidades públicas se realizan más de dos terceras partes de la investigación del país y son las que hacen posible que hoy seamos la décima potencia mundial en producción científica. Todos coincidirán conmigo en que no estamos para desperdiciar talento.

Pese a la falta de financiación, debemos velar para que los cada vez más escasos recursos se utilicen con la mayor eficiencia en defensa de la calidad docente e investigadora. Como rector, no me resigno a ser un gestor de los recortes, no voy a renunciar al camino que iniciamos ya hace unos años, en el que nos marcamos como reto el doble objetivo de ser mejor universidad para nuestros alumnos y mejor universidad para nuestra sociedad.

Comentaba al inicio de mi intervención, que la Universidad es un lugar para construir proyectos. Nosotros construimos, junto con la sociedad asturiana, un proyecto que continúa siendo nuestra mejor hoja de ruta, y que marca un antes y un después en nuestra Universidad de Oviedo. Me refiero al Campus de Excelencia Internacional. Ya tenemos una perspectiva de cuatro años para poder ver qué ha aportado este sello a nuestra Universidad y a Asturias. Y ha sido mucho.

No voy a entrar en detalles, pero sí quiero detenerme un momento en lo que considero que ha supuesto en esencia un mayor cambio. La Universidad ha mejorado su oferta docente con una apuesta clara por la internacionalización, con un ambicioso plan de bilingüismo que ha hecho posible que este curso se eleven a 14 el número de grados bilingües, y a 13 los másteres universitarios con docencia en inglés. A la internacionalización también ha contribuido la oferta de dobles titulaciones tanto de grados como de másteres universitarios con universidades extranjeras de prestigio.

El Centro Internacional de Postgrado ha propiciado una profunda renovación de los másteres universitarios, con programas internacionales, interuniversitarios y académico-profesionalizantes, en los que participan más de 300 empresas. Pero quiero destacar especialmente el éxito obtenido en los últimos años en el Programa Erasmus Mundus, con tres nuevos másteres coordinados por primera vez por la Universidad de Oviedo, y con cinco proyectos Erasmus Mundus Acción 2, en dos de ellos como universidad coordinadora. Queremos seguir en esta línea y ampliar las posibilidades de futuro de



nuestros titulados, con acciones formativas que sin duda incidirán en la inserción laboral.

Hemos ampliado también nuestra presencia en redes internacionales, tanto de docencia como de investigación, y hemos incrementado considerablemente la presentación de propuestas a programas europeos en colaboración con socios internacionales. Concretamente se han duplicado entre 2009 y 2012. Este es un hecho fundamental, ya que la disminución de convocatorias de investigación públicas nacionales y regionales nos obliga a captar recursos en el exterior.

Es especialmente importante señalar que sólo en el último año, las casi 80 propuestas a programas europeos gestionadas desde los clusters de Energía, Medioambiente y Cambio Climático, y de Biomedicina y Salud, cuentan con 440 socios, de los que 313 son extranjeros. Estos datos avalan que hacemos una investigación competitiva e internacional. Y quiero destacar también en el ámbito de la investigación, que la producción científica ha experimentado un incremento general del 33% (del 73% si nos centramos en las áreas de especialización del CEI), y más de la mitad de las publicaciones se registran en revistas situadas en el primer cuartil.

También se ha impulsado considerablemente la movilidad internacional del profesorado, con estancias en universidades situadas en los 200 primeros puestos del ranking de Shanghai, de las que se han beneficiado más de 200 investigadores, además de incidir en programas de retención y captación de talento.

Hemos avanzado en las acciones de mecenazgo de forma tímida, pero queda aún mucho camino por recorrer. Aprovecho aquí la presencia del presidente del Consejo Social de la Universidad para recordar, al igual que hice con los anteriores presidentes, que la mejor forma de revitalizar y dar sentido a este órgano es que no solo cumpla con su misión de fiscalizar a la Universidad, algo muy importante, sin duda, sino también como dicen nuestros estatutos que nos ayude a promover la colaboración de la sociedad en la financiación de la Universidad.

El CEI ha contribuido a establecer un nuevo modelo de relación entre la Universidad y la empresa, en el que la institución académica es contemplada como un proveedor de conocimiento y de servicios tecnológicos. El sector productivo asturiano está empezando a entender que la universidad es el mejor socio para conseguir innovar y mejorar su productividad. Este hecho tiene reflejo en una mayor implicación de la empresa con los grupos de investigación --un ejemplo lo tenemos en la participación en la Milla del Conocimiento, en Gijón, en el que más de 40 grupos de investigación



colaboran con empresas ubicadas en el Parque Científico y Tecnológico--, y también en un importante aumento tanto de los convenios como del número de estudiantes que realiza prácticas en empresas.

Hemos conseguido, además, impulsar y dar una nueva orientación a nuestra relación con el territorio, a través de la colaboración con instituciones públicas y privadas, y bajo la premisa de extender la cultura y la ciencia por todos los rincones de Asturias. Sólo en el último curso se han organizado más de 300 actividades en una treintena de localidades, en las que se ha ido de la mano de cerca de 80 entidades. Y hablamos de actos abiertos al público, de la difusión del conocimiento por parte de especialistas y de la apertura de la Universidad a la sociedad. Creo que es la mejor forma de mostrar nuestro compromiso con el territorio.

Todo esto es lo que hacemos a diario, nuestro presente, y me gustaría que pudiésemos también ser generadores de esperanza hacia el futuro. Sé que lo he dicho muchas veces, pero no podemos ni debemos caer en el pesimismo, y la mejor fórmula para evitarlo es creer en lo que hacemos, y saber que nuestra labor importa, que tenemos la suerte de trabajar en una Universidad, de hacer un servicio público con una utilidad social inmensa, porque de nosotros dependen las nuevas generaciones de jóvenes.

La Universidad no se para, pese a las adversidades, seguimos adelante con los proyectos que nuestra situación económica nos permita y lo haremos con el ánimo renovado. Este ánimo renovado es el que guiará nuestro nuevo curso, y el resto de mi mandato al frente del rectorado. Invito a la comunidad universitaria a mirar hacia delante sin temor y con el convencimiento de que entre todos superaremos los momentos más difíciles y de que como en los versos de Octavio Paz, nos haremos merecedores de nuestros sueños.

Muchas gracias